

AGENDA CIUDADANA

HAMLET EN WASHINGTON

Lorenzo Meyer

El Problema.- Toda gran potencia, incluso la mayor, tiene áreas de impotencia. Y la relación actual entre Estados Unidos y México es un ejemplo perfecto de este fenómeno. Hay políticas hacia México que Washington desearía cambiar pero no puede, y no por respeto a la soberanía mexicana – ese punto siempre le ha tenido sin cuidado— sino por contradicciones internas o por no saber como hacerlo.

En los círculos que formulan la política exterior norteamericana se especula ya sobre que hacer cuando estalle la nueva guerra civil en México (Foreign Affairs, enero-febrero, 1999, pp.103ss) En los corredores de la CIA, FBI y DEA, se señala que el fracaso del gobierno de México en su lucha contra el narcotráfico --entre 1992-1993 México decomisó 52 toneladas de cocaína pero en 1997-1998 sólo 28-- tiene menos que ver con el poder de los narcotraficantes y más con su incapacidad de combatir la corrupción que le corroe (The New York Times, 14 de febrero).

¿Qué hacer con México? ¿Darle, a pesar de las cifras y datos cualitativos, la “certificación” de buen colaborador en la lucha contra el narcotráfico o negársela como forma de presión para que actúe con seriedad en la materia? ¿Resaltar el lado positivo del gobierno del vecino del sur para reforzar un sistema político que da claras muestras de agotamiento o aprovechar la ocasión para obligarle a cambiar de raíz pero corriendo el riesgo de que el proceso se salga de control y se venga por tierra una estabilidad de

por si precaria? Para Estados Unidos no hay hoy una salida fácil al “problema mexicano”. En realidad, ni siquiera es claro que haya salida, y por tanto la mayor potencia mundial no tiene un plan realista para lograr que las autoridades mexicanas combatan efectivamente a los narcotraficantes, creen los empleos necesarios para disminuir la migración indocumentada hacia el norte o pongan al día sus estructuras políticas para mantener la estabilidad y la gobernabilidad que la seguridad nacional de Estados Unidos requiere en su extensa frontera sur.

La Indecisión.- El espíritu de Hamlet pareciera haber dejado los castillos de Dinamarca para radicar definitivamente en Washington, donde muy seguido, casi a diario, se formulan variantes de la interrogante del atormentado príncipe --“ser o no ser”--, pero sin encontrarle respuesta clara. Frente al dilema, lo más frecuente es optar por la salida fácil: negarlo e insistir en que se puede ser y no ser al mismo tiempo. Y tal reacción no es necesariamente producto de la locura, sino de la naturaleza intrínseca de los problemas y de la fragmentación de la responsabilidad en la toma de decisiones en la única potencia mundial que queda. Así, mientras su presidente dice una cosa, el congreso puede decir la opuesta. Y mientras una agencia burocrática en Washington sostiene una posición --el Departamento de Estado, por ejemplo -- otra agencia en la misma ciudad --la DEA--, sostiene la contraria. Y ésto, desde luego, no es privativo de las relaciones con México pues también ocurre en la relación con Yugoslavia (bombardear o no bombardear a los belicosos serbios), con China (ejercer o no represalias comerciales por las acciones de Pekín contra los disidentes) o con

Saddam Hussein (enfrentarse de una vez por todas con él hombre fuerte de Iraq o esperar a que la oposición interna o la edad terminen con él).

Dilemas y Ambigüedades. - El problema de Estados Unidos con México tiene, naturalmente, su contrapartida al otro lado de la frontera. Para los gobernantes mexicanos, la relación con el país del norte se ha caracterizado por sus contradicciones. Por un lado, los dirigentes mexicanos siempre han deplorado la intromisión y prepotencia norteamericanas, pero por el otro, una y otra vez han usado el apoyo de Washington para sobreponerse a los adversarios internos en momentos críticos. En efecto, el respaldo de Estados Unidos ha sido crucial en muchos momentos. ¿Ejemplos?: cuando el USS Saratoga impidió que la pequeña armada de Miramón atacara a Juárez en Veracruz, cuando Washington presionó a Napoleón III para que retirara sus fuerzas expedicionarias de México, cuando ya en el siglo XX el embajador Morrow le dio todo su apoyo a Calles en el momento de crear al antecesor del PRI para superar la crisis creada por la rebeliones escobarista y cristera, cuando logró el *fast track* para hacer realidad el Tratado de Libre Comercio y legitimar así a Carlos Salinas después del fraude de 1988 o cuando el presidente Clinton bajo su directa responsabilidad dio un préstamo de emergencia a Ernesto Zedillo para que éste le hiciera frente al “error de diciembre”, y la lista puede continuar. Por otro lado ¡que terriblemente pesado y humillante ha resultado para la clase política mexicana ese apoyo de Washington!, desde la presión sobre Santa Anna para que vendiera La Mesilla, a los términos del tratado Mc Lane-Ocampo (donde se perdía de manera permanente la soberanía sobre

partes estratégicas del territorio), pasando por la decisión unilateral del Departamento de Guerra norteamericano para llevar a cabo incursiones armadas contra abigeos en territorio mexicano en los inicios del Porfiriato, a la insolencia del embajador Henry Lane Wilson, a la condicionalidad del reconocimiento de Obregón, a las cartas de intención con el Fondo Monetario Internacional o al actual proceso de “certificación” en relación a la calidad de la cooperación de las autoridades mexicanas con las norteamericanas en la lucha contra el narcotráfico.

Por la experiencia histórica es natural que los gobiernos mexicanos mantengan una actitud ambivalente frente al norteamericano, pero lo sorprendente es que, no obstante su enorme fuerza, lo mismo le ocurre a Washington frente a México. Un ejemplo reciente se tiene en los términos en que aborda el problema de la estabilidad mexicana el artículo del profesor Steven R. David, de la Universidad de Johns Hopkins, (“*Saving America from the Coming Civil Wars*”) y que apareció en el último número de la influyente revista *Foreign Affairs* al que se alude en el párrafo inicial de esta columna. Se trata de una alerta sobre lo que está pasando en tres países clave para el interés de Estados Unidos al inicio del nuevo milenio: México, Arabia Saudita y Rusia. En los tres, sus estructuras políticas se muestran incapaces de procesar de manera eficiente las presiones de fondo de sus respectivas sociedades y en los tres esas estructuras corren el riesgo de venirse abajo. De ocurrir eso en México, Estados Unidos quedaría con una frontera sur incontrolable, que le lanzaría oleadas de refugiados y movilizaría en sentidos contradictorios a los

mexicano-americanos; en Arabia Saudita, el colapso afectaría la explotación del 25% de las reservas petroleras mundiales; en Rusia, la inestabilidad afectaría el control de las 20, 000 armas nucleares que hay en ese país, que podrían caer en manos de fuerzas contrarias a Estados Unidos.

En el caso concreto de México, el profesor David señala que quizá ya es un poco tarde para evitar que el país se convierta en un estado controlado por los narcotraficantes, pues la combinación de un gobierno débil y corrupto con el dinero del narcotráfico –que según él, equivale a 30 mil millones de dólares anuales y es ya su principal fuente de divisas externas— es una fórmula difícil de derrotar. Además, la economía mexicana se ha transformado pero sigue sin encontrar bases sólidas de crecimiento y el 85% de su fuerza de trabajo no logra tener ingresos que le permitan un nivel de vida aceptable. Finalmente, la aparición de una oposición partidista fuerte a la izquierda y derecha del PRI, ha abierto las posibilidades de una transición democrática, pero a corto plazo ese cambio puede resultar muy desestabilizador para un sistema que por 70 años no ha tenido que preocuparse realmente por los desafíos en las urnas y hoy no sabe como hacerles frente. Para completar el alarmante cuadro del profesor de Johns Hopkins, está la insurgencia armada, cuya permanencia desde 1994 se explica menos por su fuerza militar y más por la debilidad política del gobierno, una debilidad que ha quedado confirmada tanto por su incapacidad para acabar rápidamente con el brote insurgente como por su decisión de recurrir a la organización de grupos paramilitares para hacer por la vía ilegal lo que no pudo hacer por la legal. Finalmente, con el ejército mexicano llamado a ocuparse de

tareas que, en principio, deberían de ser cumplidas por civiles --la lucha contra el narcotráfico--, ha aumentado el peligro de hacer de las fuerzas armadas un actor político difícil de manejar.

Desde la perspectiva del análisis de *Foreign Affairs*, si México llegara a perder su vieja estabilidad, Estados Unidos deberá estar preparado para intervenir en el país vecino del sur para proteger a los 350 mil ciudadanos norteamericanos que ahí residen, a los 50 mil millones de inversión directa, un comercio que ya llega a los 156 mil millones de dólares anuales, una fuente de petróleo e impedir que penetre en Estados Unidos sin control la enorme ola de refugiados que puede generarse en un México sin estabilidad. Sin embargo, y a pesar de lo catastrófico del escenario descrito, el profesor Steven David no logra diseñar una verdadera respuesta al problema, un que hacer para evitar que la predicción se convierta en realidad: ¿apoyar al régimen o apresurar su transformación para dar paso a otro con mayor capacidad de enfrentar los problemas?. El análisis simplemente concluye con que Estados Unidos debe prepararse para actuar aunque sólo cuando la catástrofe se venga encima se decidirá como.

Desde una perspectiva distinta pero no opuesta, está la afirmación tajante que hizo en el congreso norteamericano a finales de febrero Thomas Constantine, el jefe de la DEA. Justo cuando su jefe, el presidente Clinton, acababa de regresar de una visita relámpago a México y de “certificar” la buena conducta del gobierno mexicano en la lucha contra el narcotráfico, Constantine declaró ante el senado que la corrupción propiciada por los narcotraficantes ha

penetrado a la estructura gubernamental de México a un grado tal que alcanza “niveles sin precedentes en los 39 años que soy policía” (*The New York Times*, 25 de febrero). Es precisamente por la penetración del narcotráfico en las instituciones mexicanas encargadas de combatirlo que resulta contraproducente coordinarse y compartir cualquier información sobre el tema con ellas (*The Washington Times*, 25 de febrero).

En Suma.- Un académico en Washington anuncia la posibilidad de un conflicto civil en México que afectaría intereses norteamericanos pero no encuentra manera de evitarlo. La Casa Blanca afirma lo que de manera abierta su agencia especializada niega: que haya una cooperación efectiva con México en la lucha contra el narcotráfico. Lo que podemos concluir es que, pese a su enorme poder, Estados Unidos no tiene alternativas realistas frente a ciertos procesos importantes que están ocurriendo en el país de al lado. Y lo mismo pasa en México, donde se denuncia la política norteamericana de certificación como arrogante, unilateral e inaceptable entre países soberanos, pero finalmente se hace lo mínimo necesario para lograrla, y cada enero y febrero, caen algunas cabezas del narcotráfico —esta vez en Quintana Roo— aunque sin que realmente cambie el fondo. Así pues, ya está establecida una dinámica perversa en la relación México-Estados Unidos y no se vislumbra la forma de modificarla. Cada gobierno ve al otro como un problema y ninguno puede o quiere evitarlo.